

París, marzo de 1964

Mis amigos:

DESPUÉS de tres años de investigaciones en torno a la poesía de Guillaume Apollinaire, obtuve una beca del gobierno de Francia para completar en París mi tesis doctoral, inscripta en la Facultad de Humanidades de La Plata. Aquí, en la Argentina, estuve trabajando con sólo una tercera parte de la muy abundante bibliografía sobre el tema. Necesitaba conocer los otros dos tercios y pude hacerlo merced a la ayuda francesa. En la legación cultural de Buenos Aires me facilitaron un anuario voluminoso, de donde entresaqué nombres de profesores de la Sorbona con cátedras afines al período literario que me interesaba. A ellos envié mi plan de tesis y solicité ser asesorado en mis futuras búsquedas. En todos los casos obtuve respuesta. Más que costumbre, es una norma de urbanidad europea: no dejar carta sin contestar. Lo que no supe discernir era cuánto de disposición personal había y cuánto de decálogo de cortesía. Digo esto porque, llegado a París, entrevisté a los profesores que habían accedido por escrito a mis requerimientos. Ellos, a su vez, adujeron razones de especialización o de falta de tiempo y me indicaron otros colegas a los cuales dirigirme. Luego de deambular un tiempo detrás de alguien que quisiese y

pudiese guiarme, obtuve informaciones más precisas y di, por fin, con el mejor especialista en Apollinaire: Micel Décaudin, joven catedrático de Toulouse. Décaudin, gentil, accesible, se me apareció un día, de improviso, en mi pequeña habitación del sexto piso, en un hotel del barrio esaudiantil. Pero estoy alterando la cronología. Retrocedamos.

La acomodación mental, laboral, física, doméstica de un extranjero en una de las ciudades más grandes y más cosmopolitas del mundo no puede producirse de inmediato. Existe un comité de recepción para becarios; la Universidad de París tiene oficinas de asesoramiento y muy buenos servicios sociales, pero la multitud y la diversidad de estudiantes que allí se concentran es tal, que todas las ayudas y todos los informes resultan precarios. Hay que andar por cuenta propia, hurgar, deambular, preguntar, equivocarse; cuesta saber cuál es la puerta a la que debemos llamar para que nos indiquen a dónde dirigimos. Sí, se tiene la impresión de recorrer un laberinto enmarañado. Entre tanto, nuestro olfato se aguza, los traspies nos dan desenvoltura y terminamos por ubicarnos apropiadamente. Yo tenía ya un objetivo muy preciso: determinar los paraderos de una bibliografía. Comencé, por razones de vecindad, con las bibliotecas próximas a la Sorbona. Luego conseguí inscribirme en la Biblioteca Nacional; digo "conseguí",

porque tuve que justificar mi solicitud como aspirante a lector. Al principio, me desconcertaba internarme en esa especie de intrincado mausoleo. A veces, necesitaba aguardar media hora hasta encontrar un asiento libre, luego otra media hora para que me trajesen los libros pedidos. Pero allí estaba todo, toda la memoria del mundo ordenada en infinitos anaqueles. Dedicaba las mañanas a la Biblioteca Nacional y, por las tardes, me instalaba en mi refugio predilecto: la Biblioteca del Fondo Jacques Doucet.

Jacques Doucet fue un adinerado bibliófilo, que reunió sistemáticamente todo cuanto pudiera hallarse y comprarse referente a autores post-symbolistas. No sólo libros (ediciones príncipe, ejemplares raros, prohibidos, retirados de circulación, escasos) sino también manuscritos, periódicos y revistas. Muerto Doucet, este inapreciable material pasó como legado a manos del Estado y sirvió para crear el fondo que lleva el nombre de su donante. Es una biblioteca recoleta que ocupa una sección en la Reserva de la Biblioteca Santa Genoveva, enfrente del Panteón —pleno barrio latino—. La sala de lectura tiene sólo ocho asientos y para consultar manuscritos debe mediar el previo consentimiento de los herederos del autor. En mi caso, tuve que solicitarlo a la viuda de Apollinaire y me fue gentilmente otorgado. Comencé entonces a frecuentar a diario la Biblioteca Doucet, hasta que llegué a establecer un contacto cordial, amistoso con sus empleados y con su conservador, a cargo de la dirección. Todos esperan allá recibir mi tesis ya publicada, será mi contribución en pago de la ayuda que me brindaron. Quiero dar una pauta de la riqueza bibliográfica de este fondo. En 1915, Apollinaire era artillero en el frente de batalla. En plena guerra, escribió una serie de poemas y

los reunió en un cuadernillo con el título de *Case d'armons*. Luego, ayudado por los soldados de su batería de tiro, imprimió veinticinco ejemplares en un hectógrafo rudimentario, en hojas del boletín del ejército, manuscritas por uno de sus ayudantes con caligrafía comercial. Jacques Doucet obtuvo un ejemplar que se encuentra en su legado.

En París, obtuve el asesoramiento técnico del profesor Robert Ricatte, titular de la Sorbona. El hecho de dictar literatura francesa de los siglos XIX y XX no significaba que Ricatte estuviese en condiciones de dirigir una tesis sobre Apollinaire. Así me lo confesó abiertamente, con honradez intelectual. Le advertí que me interesaba más un auxilio metodológico que una información sobre el tema. Entonces accedió a brindármelo. Periódicamente iba a verlo para plantearle mis problemas. Debía escribirle antes y pedir que me indicase la fecha de mi audiencia; poco después, llegaba la respuesta. Entonces, en su día de consulta, formaba la cola con los otros aspirantes a doctor: franceses, indochinos, tailandeses, africanos. Ellos, como yo, quizá tuviesen sus publicaciones, sus antecedentes profesionales, su cátedra universitaria. Allí nos confundíamos en una suerte de nivelación inicial, hasta que demostrásemos nuestra valía a través del trabajo.

Los estudiantes franceses sólo tienen contacto personal con sus profesores en el tercer ciclo de enseñanza universitaria. El primero, el propedéutico, comprende más o menos dos años y es multitudinario. El segundo, la licenciatura, exige cuatro certificados a elección que incluyen grupos de materias; puede hacerse en dos años. Las clases de licenciatura se dictan en enormes paraninfos colmados; el profesor desarrolla siempre un tema o un autor, una parcela restringida de su es-

CARTAS DE BECARIOS

pecialidad. La enseñanza es intensiva y no extensiva; se apoya en un bachillerato de siete años, con clases matutinas y vespertinas, que da una base sólida de conocimientos generales. El bachillerato francés absorbe la vida de los alumnos, no les deja margen para diversiones extraescolares; los marca, les imprime no sólo el hábito al trabajo, sino un método y una manera de pensar; forma la mentalidad francesa.

La licenciatura habilita para la docencia secundaria. El grueso de los estudiantes abandona la carrera en este nivel. Los que continúan están ya orientados hacia la investigación y hacia la cátedra universitaria, última etapa de la carrera docente. Después de una pequeña tesis, que es juzgada sólo por el profesor que dirigió su elaboración, se obtiene el diploma de estudios superiores y se está en condiciones de inscribir un tema para optar al doctorado de tercer ciclo o al doctorado de universidad. El primero permite aspirar a un cargo de docente universitario, el segundo es sólo honorífico y para extranjeros. La tesis para ambos doctorados tiene una extensión prefijada; por lo común, se tarda alrededor de cinco años para prepararla, bajo la dirección de un profesor con el grado académico máximo. Luego deben ser defendidas por un jurado de tres miembros del mismo nivel que el director, incluido en esta terna. Pero no termina aquí el periplo de un universitario francés; si aspira a la condición de profesor titular, debe apro-

bar su tesis de estado. Se llama así porque no es ya la universidad sino el Ministerio de Educación el que otorga el título máximo. Por tradición, se requieren unos diez años para elaborar esta última tesis, que debe ser editada para su presentación. El jurado ante el cual se defiende consta ahora de cinco miembros. Ellos, como los postulantes, tienen ya la cabellera cana.

Los argentinos nos sentimos intimidados ante tantos requerimientos. Pero, para los franceses, el ascenso es gradual. En cada etapa de su itinerario, están protegidos por las instituciones de docencia e investigación superior: la universidad y el Consejo de la Investigación Científica. Un cargo de auxiliar docente permite vivir y alimentar a una familia tipo. Ascender un grado universitario implica un aumento de salario. Este estímulo hace que la producción científica sea nutrida y de alto nivel.

La experiencia de haber vivido insertado en un contexto tan distinto del nuestro fue muy saludable. Permite justipreciar la situación de la universidad argentina. Vencidos los obstáculos iniciales, que se producen sobre todo por la acomodación a nuevos códigos de conducta, comienza uno a descubrir las ventajas de un mundo organizado donde el trabajo intelectual ocupa la jerarquía que merece.

Cordialmente.

Saúl Yurkievich